

La defensa de la memoria es la de la Nación

*Análisis historiográfico y político de Introducción y defensa de
nuestra Historia, de Mario Briceño Iragorri*

Milagros González C.



Ilustración: Lúdico.

Publicado por **infoCIUDADANO eDocs**, 8 de mayo de 2010.

© 2010 Milagros González C. / infoCIUDADANO

Índice

Introducción	p. 3
1. El autor y su tiempo	p. 5
2. Análisis historiográfico	p. 10
El lamento ante un pueblo que corre el riesgo de olvidarse de sí mismo	p. 10
La Historia: una disciplina moral	p. 11
Historiografía venezolana	p. 13
Causas y azares	p. 17
El ideal latinoamericano	p. 18
En defensa de sí mismo	p. 21
Zumeta y el <i>hiato</i> de la Historia venezolana	p. 23
El pueblo en <i>Introducción y defensa de nuestra Historia</i>	p. 24
La patria se mete por los ojos	p. 27
Reflexiones del Cronista de Caracas	p. 28
Simón Bolívar: principio y fin	p. 31
3. Relación entre política y discurso histórico en <i>Introducción y Defensa de nuestra Historia</i>	p. 37
Conclusiones	p. 39
Referencias	p. 42
Bibliografía	p. 44

Introducción

La obra de Mario Briceño Iragorri es una de las más extensas y profundas de la historiografía venezolana del siglo XX. *Introducción y defensa de nuestra Historia*, editado en 1952, es sólo una muestra de su fecunda producción. De dicho libro se ocupa el presente trabajo, el cual lo analiza desde el punto de vista de la historiografía y del escenario político de su tiempo. Para ello fue necesario, evidentemente, leer el libro con detenimiento, al igual que revisar materiales diversos sobre la vida y obra de Mario Briceño Iragorri. Fue fundamental para este trabajo la investigación de la historiadora Laura Febres, quien se ha dedicado a estudiar a Don Mario y su obra. El período histórico contemplado por nosotros es el comprendido entre 1942 (año de publicación del primer ensayo) y 1952 (año en que se editó el libro). Por supuesto, fue necesario revisar y mencionar algunos antecedentes, tanto de la vida del autor como de la política venezolana de la época.

El trabajo está estructurado en tres partes: el autor y su tiempo, el análisis historiográfico de la obra y, por último, el análisis político. El estudio del personaje se propone como una breve síntesis de su biografía, con énfasis en el período que nos ocupa. Variables como la concepción de la historia, la presencia del pueblo en el texto, el estilo, las corrientes historiográficas que influyen en el libro, el pragmatismo, la visión de Simón Bolívar y del proceso independentista, entre otras, son tomadas en cuenta para realizar el análisis historiográfico; por supuesto, el material discutido en clase también fue de gran importancia para estructuras este estudio historiográfico de la obra. Para el análisis político fue de gran utilidad, además de los materiales de Febres, dos textos publicados en el libro *La Historia como elemento creador de la cultura* (1985), uno de Ramón J. Velásquez y el otro de Joaquín Gabaldón Marquez. Se consideraron tanto los eventos políticos en los cuales estuvo involucrado el autor para el periodo de nuestra investigación, como aquellos que a gran escala definieron el destino político de Venezuela.

Este trabajo representa tan sólo una aproximación al libro que necesitaría ampliarse, enriquecerse con más información de primera mano. Ello sería

necesario pues, como se verá a lo largo del estudio, este libro representa una ventana para la comprensión de un difícil y complejo momento de la Historia venezolana, poco comprendido y estudiado.

Sería interesante profundizar en aspectos como el interés de Don Mario por la defensa de la cultura ante las invasiones de las transnacionales norteamericanas, pero estudiado a la luz de los informes, cartas y memorandos que sobre ese tema deben reposar en el Archivo Histórico de Miraflores. En este trabajo tan solo fue posible contrastar lo que sobre este tema dice en su libro, con lo referido por Febres, tanto en el texto biográfico como en el que se ocupa del análisis histórico de la obra de Briceño Irigorri. Este sería un punto de gran interés que pudiera ser investigado a futuro, y que sería necesario vincular con aspectos de la historia económica y política de la región. Sería posible entonces reconocer como estos aspectos –economía y política- influyen directamente en el devenir cultural de los pueblos, y se podrían identificar algunas variables que definieron la historia cultural de nuestro país en la segunda mitad del siglo XX.

De allí que sea de principal interés destacar en esta introducción el carácter de simple ensayo exploratorio que tiene nuestro texto. La obra estudiada cuenta con tantas aristas y puntos de vista diversos, y está tan vinculada con su realidad, que no puede ser abarcada en estas pocas páginas. Esperamos ampliar esta investigación en el futuro, o aportar los datos suficientes para que otro investigador se ocupe de esta necesaria labor.

1.- El autor y su tiempo

Vivió Mario Briceño Iragorri uno de los períodos más interesantes en la historia venezolana del siglo XX. Estudió e inició su carrera profesional durante el gomecismo, vio el final de este duro capítulo histórico, y fue protagonista de la etapa siguiente: la transición fallida hacia la democracia, que culminó con el desencanto de una nueva dictadura. Como podía esperarse de un trujillano ilustre (e ilustrado), descendiente de conquistadores españoles e incluso, emparentado aunque de manera lejana, con el Libertador, Don Mario jugó un papel de gran peso en este período histórico. Ocupó cargos importantes tanto en los gobiernos de Juan Vicente Gómez, Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita como en el gobierno de la Junta Militar que derrocó a Rómulo Gallegos.

Nació en Trujillo el 15 de septiembre de 1897 y murió en Caracas, el 6 de junio de 1958. Puede decirse que logró ver caer al nuevo dictador, antes de su partida. A pesar del exilio al que se vio sometido los últimos años de su vida, pudo volver a su tierra natal para morir en Caracas.

Aunque a partir de 1918 estudió derecho en la Universidad de Mérida, estuvo en la Academia Militar en Caracas, entre 1912 y 1914; allí conoció a Isaías Medina Angarita, con quien entabló una entrañable y duradera amistad. Sus estudios en Mérida se vieron influidos por la figura del Rector de la Universidad, Diego Carbonell, alrededor de quien se reunieron las figuras más progresistas de la intelectualidad del momento, como por ejemplo, Mariano Picón Salas, con quien Briceño Iragorri se vinculó familiar e intelectualmente. Durante la etapa universitaria, el autor que estudiamos se nutrió de las doctrinas positivistas, que signaron buena parte de su obra inicial. Don Mario acota que en ese período Roberto Picón Lares y Carracciolo Parra León fueron decisivos para su retorno a la fe católica, la que a partir de entonces no abandona para estar siempre presente tanto en sus escritos históricos, como en sus acciones políticas.

Se traslada a Caracas en 1921, y como sobrino político de Victorino Márquez Bustillos (Presidente Provisional de Venezuela para ese momento), recibió una recomendación para ser nombrado Secretario del a Cámara de Diputados del Congreso. El autor sentía un gran cariño por Márquez Bustillos, quien por lo visto, le prestó un gran apoyo durante el período gomecista y lo ayudó a iniciar su carrera política y diplomática pues, para 1923 Briceño Iragorri viajó a Nueva Orleans para ser Cónsul de Venezuela en esa ciudad. Veterano de las letras, pues desde su adolescencia participaba activamente en periódicos y revistas estudiantiles, publicó desde 1920 libros, artículos y ensayos de relevancia, muchos de ellos influidos por el positivismo. La idea del orden en la sociedad está siempre presente en su obra, y Briceño Iragorri promulga la necesidad de una clase dirigente formada para guiar al pueblo. Además del orden, está la moral, como soporte esencial de la sociedad, y la causalidad como pivote de la Historia. Aunque algunas de sus ideas coinciden con las de Laureano Vallenilla Lanz, y chocan con las de César Zumeta, con quien siempre mantuvo una posición encontrada, lo que se origina de importantes diferencias políticas entre ambos personajes. La historiadora Laura Febres, quien se ha ocupado extensamente del pensamiento histórico de Don Mario, señala al respecto lo siguiente:

“La polémica entre Mario Briceño Iragorri y César Zumeta, que tuvo como su año más álgido a 1932 (...) demuestra cómo las disputas entre el pensamiento conservador representado por el autor y el pensamiento liberal representado por César Zumeta se prolongaron en nuestro país hasta bien entrado el siglo XX. La desaparición política de los dos partidos en Venezuela no planteó la total desaparición de sus raíces ideológicas.”¹

Mientras los jóvenes de la generación de 1928 se enfrentaban al gomecismo, Mario Briceño Iragorri era Jefe Civil del distrito de Valencia, y tuvo que reprimir un motín contra el gobierno en marzo de ese año, asunto que le pesó toda su vida. Ese mismo año pasó a ser Secretario de la Universidad Central de Venezuela, y Febres observa que la correspondencia con el Dictador pasa ser más espaciada. En 1930 ingresó a la Academia Nacional de la Historia, y su discurso lo dedicó a la herencia hispánica, uno de sus temas más preciados. 1934 fue un año importante, pues publicó *Tapices de Historia Patria*, una de sus obras capitales, en la que desarrolla

su defensa del aporte cultural español y la necesidad de rescatar el pasado colonial para construir un *continuum* histórico que le otorgue sentido a los períodos posteriores: el Cabildo, la iglesia, los criollos, los Obispos, los piratas, el claustro universitario, todos ellos fueron elementos que participaron en la creación de la nacionalidad y que condujeron a la Independencia. La causalidad existe, y *Tapices...* da cuenta de ello.

Luego de la muerte de Juan Vicente Gómez, Eleázar López Contreras lo nombró Encargado de Negocios en Costa Rica. Su posición en Centro América como representante de la diplomacia venezolana fue ganando terreno, pues llegó a ser Ministro Plenipotenciario en Panamá y Centro América. De su período en Centro América quedan numerosos informes y cartas², entre los que resaltan los relativos a la *United Fruit Company*, y en los que manifiesta su rechazo hacia las transnacionales. Don Mario se opuso rotundamente a la entrada de esta empresa a Venezuela. Durante el gobierno de Medina Angarita, vivió uno de los momentos más activos de su vida pública: fue director del Archivo General de la Nación, Presidente del Estado Bolívar, trabajó activamente en la consolidación del partido de gobierno (el Partido Democrático Venezolano) y fue Presidente del Congreso de la República. Impresiona notar cómo tanta actividad era acompañada de una profusa producción intelectual, pues en ese período escribió obras como *El caballo de Ledesma*, *Palabras en Guayana*, y diversos ensayos, entre ellos “La historia como elemento de creación”, incluido en el libro analizado en este trabajo.

La historiadora Laura Febres señala que Briceño Iragorri logró vincular sus ideas políticas con su vida política y laboral³. Su actuación como Presidente del Estado Bolívar es un ejemplo, pues propició la restitución de la autonomía municipal, especialmente en ciertos casos en que los Municipios se habían visto afectados por el Código de Minas de 1885. Al defender en la práctica la idea de la Municipalidad, el autor armoniza su ideario historiográfico –en el que siempre defiende las autonomías, el poder del Cabildo colonial, etcétera– con su proceder como político. Posteriormente, como Presidente del Congreso se declaró propulsor del proyecto de hacer viables unas elecciones directas, por lo que empezó a ser mal visto por el

sector más conservador del Gobierno. Ello, sumado a que apoyó como candidato a la presidencia a Juan de Dios Celis Paredes y no a Diógenes Escalante, lo llevó a tener cierta distancia con su amigo Medina Angarita. Además, como Presidente del Congreso asumió posiciones con autonomía y tomó decisiones sin consultar al Ejecutivo. En octubre de 1945 fue detenido y llevado a prisión, junto a Medina Angarita, López Contreras y Arturo Uslar Pietri. No fue al exilio, sino que se quedó en Venezuela luego de prometer que no se inmiscuiría en política contrarrevolucionaria.

Durante el trienio adeco, evidentemente, no formó parte del Gobierno, pero mantuvo una intensa actividad intelectual: publicó libros y recibió el Premio Nacional de Literatura (febrero de 1948), publicó ensayos y numerosos artículos de prensa, algunos de ellos críticos de la realidad política venezolana. Luego del golpe a Gallegos, Mario Briceño Iragorri aceptó ser Embajador en Bogotá, en vista de que concordaba con los integrantes de la Junta Militar de Gobierno.

En ese cargo desempeñó una labor interesante, en la que, nuevamente, su actividad política se vio influenciada por su mentalidad de historiador. Colombia vivía momentos tensos políticamente, en los que el gobierno conservador perseguía a los liberales luego del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Don Mario, a pesar de que el Gobierno venezolano era afín a los conservadores colombianos, decide aprobar visas a los liberales perseguidos. Propone así una política doble, en la búsqueda de una relación de equilibrio de fuerzas políticas con el país vecino: que el gobierno venezolano otorgue asilo político a los liberales colombianos, para que éstos – afines por naturaleza con los adecos- simpatizaran con la Junta que derrocó a Gallegos, y al mismo tiempo, el Gobierno debía mantener la relación de cooperación con la Casa de Nariño. El historiador propone esta estrategia política sin desestimar los antecedentes históricos: el ala conservadora colombiana es considerada por él más peligrosa para Venezuela que la liberal por razones históricas, pues las raíces de esta compleja relación política entre ambos países son tan profundas como la pugna entre Santander y Bolívar. Briceño Iragorri renunció

a este cargo en julio de 1950, y la política venezolana hacia los liberales colombianos cambió drásticamente.

Se avecinaba una suerte de clímax político que lo conducirá al exilio. Este período de intensa actividad pública también se acompañaba de la acostumbrada producción intelectual. Entre 1948 y 1952 escribió cuatro de los ensayos incluidos en *Introducción y defensa de nuestra Historia*, libro que, en cierto modo, cierra esta etapa de su vida pública. Su interés por proteger al país (y a la idea de Nación) de las fauces de las transnacionales lo lleva a asumir la presidencia del Comité de Defensa de la Economía Nacional, en 1951. Además el autor poseía una actitud de rechazo hacia la economía petrolera, por considerar este producto como un generador de riqueza pasivo que conducía a desatender el campo. Su acción al frente del Comité no fue del agrado del Gobierno, que en esos momentos discutía un tratado comercial con Estados Unidos, así que se prohibió el funcionamiento de dicho Comité y la casa del autor fue allanada.

Posteriormente, durante la campaña para las elecciones del 30 de noviembre de 1952, se vinculó de manera activa al partido URD, y pronunció un inspirador discurso el 26 de noviembre de 1952, titulado *Al servicio del pueblo*. Si los resultados de estas elecciones hubieran sido respetados, Mario Briceño Iragorri hubiera sido presidente de la Constituyente. El 22 de diciembre de ese mismo año dejó Venezuela y se exilió en España. Volverá al país apenas dos meses antes de su muerte, pero continuará su producción intelectual desde el exilio, signada, como señala Laura Febres, por un constante espíritu de angustia por su patria.

2.- Análisis historiográfico

El lamento ante un pueblo que corre el riesgo de olvidarse de sí mismo

La obra en estudio, *Introducción y defensa de nuestra historia* (Caracas, 1952) de Mario Briceño Iragorri, es una compilación de ensayos, artículos, conferencias y clases magistrales producidas entre 1942 y 1952. Es introducida por el autor con una "Explicación" en la cual expone los motivos que lo llevan a producir este libro, sin detenerse en aspectos metodológicos ni de estructura de la obra. Fue editada por la Tipografía Americana (Caracas, 1952) y posteriormente reeditada por la Academia Nacional de la Historia (Caracas, 1985) en un tomo titulado *La historia como elemento creador de la cultura*, que ha sido la edición consultada para este trabajo. *Introducción y defensa...* consta de siete textos: "Nuestros estudios históricos" (1947), "Suelo y hombres" (s.f.), "Ámbito y razón del humanismo americano" (1951), "La leyenda dorada" (1951), "Sentido y función de la ciudad" (1952), "El sentido de la tradición" (1951) y "La historia como elemento de creación" (1942). En cada uno de estos ensayos el autor revisa temas que son de primer orden a la hora de proponer una guía para el estudio de la Historiografía venezolana: los autores que se han dedicado a ello, el rol del pueblo y de la geografía en el devenir histórico, el origen de las ciudades, las razas y el mestizaje en la Historia venezolana, la importancia de la herencia cultural española, la concepción de la historia (tanto la que oficialmente se ha enseñado como la que se debe enseñar), la importancia de las costumbres locales, entre otros temas, son desarrollados por el autor.

Briceño Iragorri especifica la razón de ser o sentido de la obra, cuando comenta que

"A la defensa de este sentido de nuestra Historia [de la Historia como la fisonomía del pueblo] se encaminan estos flacos ensayos (...) Son, como digo, guiones apenas, donde se compendia un cuarto de siglo de modesta y constante meditación sobre la problemática del país. Con mis estudios sólo he buscado servir a una más clara y objetiva intuición de la Historia"⁴

Se propone entonces una defensa de la historia, aquella que es fundamental para sentar las bases de un pueblo, para crear sentido de pertenencia al territorio y sus tradiciones, para sentir orgullo por el pasado, pero con la intención de usar la experiencia de los antepasados para construir una nación en el presente. En definitiva, para no olvidar. La Historia, dice, constituye las líneas determinantes de nuestro pueblo, que deben ser defendidas.

La Historia: una disciplina moral

Introducción y defensa de nuestra historia, permite, por momentos, acercarse al concepto de la Historia manejado por el autor. Briceño Iragorri, de manera explícita, señala sus intenciones: desea marcar una pauta que guíe futuros estudios historiográficos, y ofrece señales que evidencian lo que él considera los aportes o las carencias esenciales en el estudio de nuestra Historia. Por lo que no es un evento histórico o un personaje el protagonista de la obra, sino la Historia venezolana como disciplina, sus avatares, con un camino recorrido y un trecho por hacer. El autor proyecta, entonces, la intención de ofrecer las herramientas necesarias para comprender el presente sin olvidar el pasado en toda su completitud: salvando las lagunas que, por intereses diversos, se han creado a lo largo de nuestra Historia.

La obra ofrece un concepto de Historia en diversos momentos:

“...la Historia, más como expresión de una conciencia que busca en sí misma el ímpetu y la forma de realizarse en hechos sociales, que como afanoso inventario de guerreros, de filósofos, de artistas, de mercaderes o santos que persiguen realizar su destino individual.”⁵

“Creo en la Historia como una de las fuerzas más efectivas para la formación de los pueblos. No miro los anales antiguos como historia de muertos o como recuento de anécdotas más o menos brillantes. La Historia tiene por función explicar el ser de la sociedad presente y preparar los caminos del futuro. Mientras más penetrante sea ella en el tiempo, mayor vigor tendrán los valores experimentales que de su examen podamos extraer...”⁶

El autor considera la Historia entonces, como una manifestación de la razón reflejada en la sociedad, que constituye la fibra necesaria para formar al pueblo. A lo largo de la obra, Briceño Iragorri destaca su visión pragmática de la Historia, al señalar que de su conocimiento depende la solidez de la nación. Especialmente en el último ensayo, “La historia como elemento de creación”⁷, el autor desarrolla al máximo esta idea. Señala que la Historia es “el Libro Mayor de los pueblos”⁸, haciendo referencia a los libros de balances de contabilidad, en los que se toman en cuenta los haberes y deberes, pues habla de la relación de eventos del pasado y su recuento para poder saber qué falta en el presente. Concluye la idea con la siguiente frase, decididamente fatalista: “Hay que saberlo bien y no olvidarlo: siempre se trata de un balance desfavorable ¡Y desgraciada la generación que imagine que tiene sus cuentas arregladas con el tiempo!”⁹.

Puntualiza Briceño Iragorri que ningún pueblo sale de la nada, que no puede considerarse un eslabón suelto, pues todos tenemos un pasado. Señala que “la Historia es la memoria de nuestros padres”¹⁰, comenta que es necesario amar la Historia que nuestros antepasados hicieron, y que los venezolanos tienen una notoria devoción por el pasado. Pero una devoción de las grandes hazañas de los héroes de la independencia, por la leyenda y la epopeya. Por Bolívar, en cuyo nombre cualquiera actúa, hace y deshace.

Hay una marcada diferencia entre vivir el presente a cuenta del pasado, y construir el presente con bases históricas sólidas. Briceño Iragorri lo compara con los herederos ociosos que viven de las rentas que dejaron sus antepasados, o con el contraste entre la botija llena de oro (el mítico entierro de la colonia) y la mina que necesita trabajarse para extraer sus riquezas. No es posible vivir de la Historia sin sumarle nada, no se puede valorar el presente sin conocer el pasado. De allí que el autor afirme que la Historia, antes que literaria o científica, es una disciplina moral, que dicta cómo vivir el presente. El autor considera que nuestro pueblo tiene una noción de la historia muy superficial:

“nos han acostumbrado a vivir de la gloria de nuestro pasado y poco hemos hecho para acrecentarla y justificarla en la hora presente, debido en gran

parte a que hemos estudiado sus hechos sin buscar en ellos la función permanente de dar tono a nuestra conducta.”¹¹

Esta función moral exige confrontar un inventario en la búsqueda de la verdad ¿cuál es la deuda real con el tiempo? Este examen cívico debe ser realizado por todo el conjunto social, no sólo por aquellos encargados de escribir la Historia. Es responsabilidad de todos como pueblo mantener viva la memoria que sirve de estructura a la sociedad.

Historiografía venezolana

En *Introducción y defensa...*, Mario Briceño Irigorri dedica todo un ensayo a la revisión de la historiografía venezolana. Y no es cualquier capítulo, es el primero de la compilación. El punto de partida del guión propuesto. Ello es absolutamente coherente con su visión pragmática de la Historia: si no se puede vivir el presente sin estudiar el pasado, tampoco es posible escribir una historia sin conocer lo ya escrito.

Briceño Irigorri divide de manera esquemática la historiografía venezolana en tres períodos:

1.- Ciclo de la conquista y la colonia, caracterizado por las relaciones de viajes y los hallazgos de los cronistas, los viajeros, los misioneros y las visitas e informes generales. Allí se encuentran los textos de Oviedo y Baños, Federmann, el Obispo Martí, entre otros.

2.- Ciclo heroico: desarrollado por los historiadores del siglo XIX, centrado en la Guerra de Independencia

3.- Ciclo científico: subdividido de la siguiente manera

3.1.- El estudio del hombre primitivo venezolano (Ernst, Jahn, Rojas, etc.)

3.2.- La historiografía con consulta documental (Rojas, Febres Cordero, etc.)

3.3.- La revisión crítica del proceso anterior a la Independencia, aplicación del positivismo (Alvarado, Pedro Manuel Arcaya, Laureano Vallenilla Lanz, etc.)

3.4.- La publicación oficial de grandes colecciones documentales (Blanco y Aspúrua, Anales de Venezuela, Archivo de Miranda, etc.)

3.5.- Las tentativas de organización archivística.

3.6.- El neo-revisionismo contemporáneo (Santiago Key Ayala, Arturo Uslar Pietri, Mariano Picón Salas, Carlos Irazábal, etc.)

Es evidente el peso que el autor asigna al tercer ciclo de la historiografía. Ello es lógico pues Briceño Iragorri se inscribe en él (aunque no lo dice de manera expresa), específicamente en el que llama “neo-revisionismo contemporáneo”. Y todo este aparato estructural que crea para estudiar la historia de la historiografía venezolana, conduce de manera metódica a sostener su visión de la historia como disciplina moral, a subrayar la necesidad de sustentar el presente en las lecciones del pasado: muestra a los cronistas coloniales y a los historiadores herederos de la independencia, como dos aristas de un triángulo que necesita un contrapeso que les otorgue sentido, que los redimensione y ponga a dialogar en armonía. El autor no necesita revalorizar el ciclo heroico, pues éste se valió por sí mismo a lo largo del siglo XIX, de allí que uno de sus mayores esfuerzos sea el de revalorizar el pasado colonial y su historiografía. Para subrayar esta importante misión, describe la evolución del tercer ciclo (el científico) de manera tal que conduce ineludiblemente a esta revisión crítica del pasado español. Contempla cómo evoluciona la historiografía científica con el positivismo, la erudición, la organización de los archivos y las publicaciones de documentos. Todo ello para llegar al neo-revisionismo, del cual Briceño Iragorri forma parte.

Sin embargo, el autor desarrolla en su texto los ciclos segundo y tercero. El primero sólo es mencionado. Briceño Iragorri habla del afán por hacer historia en el XIX, de hacer, más que una historia crítica, una historia política, que justificase la independencia. El autor señala que no tiene sentido pedir desde el presente a los historiadores republicanos, un juicio del pasado tan claro como lo tuvo “la mente

desencantada de Bolívar” en sus últimos años. Caracteriza a los historiadores del XIX como exaltados providencialistas, nutridos del romanticismo:

“El elemento romántico, exaltado por la pasión patriótica, fue el vestido que más gustó a nuestros historiadores del siglo pasado y con él se adornaron las obras de Yanes, Baralt, Juan Vicente González (...) Sin pretenderlo, los historiadores crearon un criterio de exhaustez en nuestras propias posibilidades de pueblo”¹².

Un *criterio de exhaustez* en el pueblo. Es lo que causaron los historiadores del XIX, según Briceño Irigorri, aunque apunta que lo hicieron *sin pretenderlo*. Sin embargo, no deja de ser un reclamo. Los héroes agotan a la larga, aún más si con ello se anula la voluntad del pueblo, para adjudicar todos los logros (y hasta los castigos) a un ser superior que coloca héroes y villanos a escenificar batallas gloriosas, como fichas en el tablero. Añade el autor que se condicionó un *espasmo ante lo heroico*. El pueblo pasó a ser espectador de una gran obra teatral de la que no fue partícipe, los *valientes* del pasado venían a ser como los santos cuyas vidas ejemplares (distantes, ajenas) decían como era el correcto proceder. La verdad y lo correcto, los actos heroicos, la moral y las luces, todo ello encerrado en frascos alcanforados, dignos de ser vistos más no vividos.

Señala el autor que gracias a Lisandro Alvarado la historiografía toma otro curso, uno que se había iniciado con la escuela positivista y su visión científica de la Historia. Briceño Irigorri relata cómo “al amparo del determinismo y del psicosociologismo se abrieron caminos que en forma indirecta provocaron una revisión realista de los hechos antiguos”¹³. Luego de reconocer la necesidad de ir más allá del relato, de la exposición de los hechos, para permitir que se evidencie el carácter orgánico de la Historia, se llega al revisionismo de la época colonial. Pero el autor deja colar un detalle de particular interés: a esta revisión (que es medular en su trabajo) se llega de manera *indirecta*. En la búsqueda del contenido en profundidad de los hechos se llega a la causa, o a la necesidad de reconocer una causa, y para ello hay que ir más allá del 19 de abril de 1810.

Una cadena de esfuerzos, entre los que se encuentran la organización de los archivos, la creación y consolidación de los museos, la compilación y publicación de documentos, han ayudado en el progreso de la historiografía. Sin embargo, Briceño Irigorri señala que no se han estudiado de manera adecuada los factores humanos que conformaron la sociedad colonial, aunque reconoce los aportes de numerosos investigadores en el estudio de los aborígenes: desde Lisandro Alvarado hasta Miguel Acosta Saignes, pasando por Luis R. Oramas, Walter Dupouy, Juan Liscano y el Hermano Nectario María, entre muchos otros.

“Más, la corriente nueva, si bien ha logrado una serie de rectificaciones y ha suscitado una nueva polémica de carácter doctrinario, no ha obtenido aún la sistematización que permita una clara e integral concepción del pasado. Apenas se ha logrado la fijación de hitos firmes para futuros trabajos”¹⁴

Apunta a la necesidad, no sólo de realizar estudios científicos y sistemáticos, sino de conformar equipos de trabajo que se ocupen de líneas de investigación específicas. El amor por la Historia no basta. No es suficiente revisar los archivos con pasión para desentrañar datos como quien busca un tesoro. Y estos esfuerzos individuales deben superarse para llegar a compilaciones documentales realizadas por equipos con apoyo del Estado: “...Como obra colectiva de trabajo sólo puede presentarse la labor realizada en el Archivo General de la Nación, más este trabajo, según ya hemos dicho, sólo puede presentarse como fruto de una consigna burocrática encaminada al arreglo de papeles antiguos.”¹⁵ Es necesario superar los estudios individuales, pero también debe comprenderse que el trabajo en equipo y con financiamiento gubernamental no sólo debe encaminarse a la compilación y organización de documentos. Necesariamente debe ir más allá.

Concluye con el reconocimiento de la necesidad de darle un fondo a los estudios que vincule las conclusiones filosóficas que buscan explicar los procesos sociales. De allí que el autor no deja de lado la filosofía de la Historia. No sólo se requiere de un investigador, sino también de un intérprete de los datos que los ponga en el contexto social. Y vuelve Don Mario a señalar que la mejor manera de entender las leyes que nos rigen como pueblo en el presente, es estudiando el pasado: así se

enmiendan los errores sociales y se toman precauciones ante una probable deformación de la conciencia social.

Causas y azares

Hay en el autor la intención de dismantelar tradiciones en las que el azar o la voluntad divina son agentes determinantes del devenir histórico. “Venceremos a la naturaleza”, dijo Bolívar, y Briceño Iragorri advierte sobre la distorsión del sentido original de la frase: “Lejos de intentar que nuestro esfuerzo rinda la rebeldía de la Naturaleza, hemos creado una teoría determinista de nuestra Historia, la cual busca explicar nuestra sociedad como expresión de causas tan inmutables como la misma corteza terrestre”¹⁶. Don Mario lamenta que se desvirtúe la causalidad a tal punto que se niegue la capacidad de la conciencia popular de hacer la Historia a pulso, de dirigir sus destinos por voluntad propia.

En otra parte del texto, Briceño Iragorri deja entrever su visión de la causalidad, cuando se refiere a las divisiones que en diversos momentos de la historia ha sufrido nuestra patria: “...Se imputan al suelo deficiencias que justificarían la permanencia fatal de determinados vicios sociales: se acumulan al pueblo, por su estructura mestiza y por la aspereza del medio, factores de imposible superación...”¹⁷. Se desmarca así de aquellos que buscan encontrar causas en el clima, la geografía y el fenotipo. Puntualiza que la carencia de posibilidades cívicas del pueblo es responsabilidad de indignos gobernantes (doctores y generales dice), que han visto a éste como medio de beneficio personal en lugar de reconocer que el pueblo es el principio y el fin del Estado.

Su posición contraria al determinismo aparece también cuando critica a aquellos que adversan el revisionismo hispánico. Dice que éstos niegan la causación histórica al desconocer trescientos años de Historia, que ponen a los venezolanos “a correr con zancos prestados sobre el campo abierto de una República”¹⁸, por lo que es lógico esperar que estos hombres de piernas postizas caigan al desconocer el poder de sus legítimos miembros. Es así como no hay determinismo en Mario

Briceño Iragorri, a pesar de su pública fe religiosa. Tampoco hay una causalidad geográfica o fenotípica. La Historia la hacen los hombres y en ese proceso quienes detentan el poder suelen manipular y utilizar al pueblo, desvalido debido a su falta de preparación cívica.

El ideal latinoamericano

“A causa de mi posición en el orden de la americanidad, quizás me tomen por impasible superviviente de la época esperanzada del arielismo. Ello (...) me anima a proseguir en el camino, hoy desamparado, que, con Bolívar, marcaron los grandes constructores del pensamiento de la unidad americana: Martí, Rodó, Vasconcelos, Ugarte, Carrión, Gabriela Mistral (...) Justamente son las ideas de estos egrerios pensadores de la América libre, los mejores soportes para la defensa de la historia nacional de nuestros pueblos latinoamericanos.”¹⁹

La postura de Mario Briceño Iragorri respecto al rol de Venezuela en América, y el de América del Sur en el mundo occidental, parece bastante clara. Se reconoce como un defensor de la cultura hispánica americana, y se opone a la influencia anglosajona, la que ubica desde tiempos de Sir Walter Raleigh. En “Ámbito y razón del humanismo americano”, el autor sintetiza algunas ideas desarrolladas en su libro *Tapices de Historia Patria*. Con influencia del humanismo, Briceño Iragorri relata las hazañas de Cristóbal Colón y sus compañeros de viaje, y caracteriza el viaje al decir “...como en la cosmogonía de Thales de Mileto, el mundo resalía de las aguas: *aqua principium mundi est*”²⁰. En otros ensayos del libro aparecen referencias al fuego sagrado²¹ y a la relación entre la verdad y la luz²², sólo por brindar unos ejemplos de la influencia de los humanistas a la hora de ejemplificar aquellos valores que vinculan la Historia con la moral.

El estilo literario de este texto, destinado a ser leído en el Ateneo de Caracas el 12 de octubre de 1951, llama la atención, pues recuerda los relatos de aventuras de siglos pasados, especialmente al describir el viaje de Colón:

“...El día y la noche eran igualmente misteriosos para los navegantes de las tres carabelas del milagro. La misma luz solar resultaba otra en su nuevo esplendor maravilloso, y cuando la aguja imantada, al variar del campo, dio

por resultado un cálculo que no cabía en la normal arrojada por el cuaderno de bitácora, Colón, firme en su gran fe, no quiso mostrar ante sus compañeros ninguna sombra de duda, y achacó a equivocado movimiento de las estrellas y no a falla de su cálculo, la diferencia marcada por la brújula.”²³

Las estrellas se equivocaron y el Navegante que, señala Briceño Iragorri, supera a Alejandro Magno, no podía errar. Una mezcla entre el romanticismo y los clásicos, aparece entre líneas: el autor habla del fuego sagrado llegado de España, de la mano de esos valientes colonos. Colón era el complemento de su mundo y con su viaje el hombre logra contemplarse a sí mismo como agente universal de la cultura. Con ello incluso supera a Moisés, pues el autor comenta que éste sólo aseguró al pueblo israelí el ámbito de una reducida geografía nacionalista que, por cierto dice, aún provoca problemas en el mundo.

La aventura colombina otorga un nuevo sentido al humanismo, subraya el autor, el cual se acopla al humanismo helénico. Briceño Iragorri puntualiza que Colón ofrece tierra fecunda “donde la *República* de Platón se iba a transformar en la *Utopía* de Tomás Moro y donde la *Heliópolis* de Diódoro reviviría en la *Ciudad Sol* de Campanella”²⁴.

El sino de los clásicos retumba en este texto. Es el humanismo como punta de lanza para revalorizar la herencia hispánica. No sólo el viaje, la gran aventura oceánica de unos valientes hombres, dice el autor. Luego de éste viene el drama de la conquista, acompañado por dos elementos: el propósito mercantilista y un empeño de amplitud humana. Y este último es el que Briceño Iragorri se dedica a exaltar.

El autor sintetiza la historia de España, y cómo se consolida como pueblo regido por un gobierno central, luego de numerosos avatares, de disputas entre feudos, y de las luchas de los comuneros. Señala que la tradición de autonomía española encuentra en América campo donde revivir dignamente: “Y mientras en la Península se conformó un modo de vivir político que daba robustez al centralismo monárquico, en las Indias renacía, con el Cabildo, el autonomismo municipal...”²⁵. Aquí se encuentra el núcleo del discurso de Briceño Iragorri, y su visión de uno de

los mayores problemas de la historiografía venezolana: la justificación del proceso de la Independencia. No es necesario encontrar fallas o grandes pecados en el gobierno peninsular. La Independencia se da porque así tenía que ser, pues ya venía la semilla en las *carabelas del milagro*:

“Por eso no se necesita (...) una copia de crímenes y de fallas de las autoridades metropolitanas para explicar y justificar la lucha por la Independencia. Esta tenía que producirse, por una u otra causa aparente, en razón de que su germen, como conciencia de personalidad, vino con Hernán Cortés, con Núñez de Balboa, con Francisco Pizarro (...) No se trató de una rebelión esclavos justificada por el sadismo de los amos, sino de la emancipación del mozalbete...”²⁶

Entonces, la rebelión de América es la de una díscola adolescente. Necesita emanciparse porque sí, no porque sus padres sean dignos de ser abandonados. Todo lo contrario, son los ellos los que siembran la semilla de la rebelión. Quienes hicieron la Independencia, dice, no fueron contra España, sino contra el absolutismo que se había apoderado de la Madre Patria. El autor añade algo más: en lugar de ir contra España, los americanos salvaron su herencia cultural de un destino de sometimiento a la cultura de ingleses o de angloamericanos. El mestizaje, símbolo de una democrática fusión de las razas que coincidieron en el mundo hispánico, ha sido defendido de fuerzas extrañas que venían en los barcos de antiguos y modernos piratas.

El Caribe, expuesto a estas influencias, es ejemplo de ello: Belice, Panamá, las Guayanas, Trinidad, Puerto Rico y Curazao son muestra, según el autor, de este fenómeno de piratería cultural. De allí la postura anti norteamericana y pro hispánica del autor, quien habla de los piratas del norte como si se refiriera a aquellos que fueron perseguidos por los corsarios. Y para defender la unidad hispanoamericana, Briceño iragorri invoca a Bolívar, como es natural. Es el idealismo hispanoamericano frente al utilitarismo anglosajón, en permanente lucha, pero explicado por el autor desde las raíces.

En defensa de sí mismo

Mario Briceño Iragorri siempre fue defensor del legado hispánico, en contraposición a la *leyenda negra*, considerada por el autor como “un infundio de tendencias forasteras y de incompreensión pseudo-nacionalista”²⁷. Sin embargo, en *Introducción y defensa...* señala que tampoco es partidario de la llamada leyenda dorada, que “pondera hasta extremos beatíficos la bondad del español”²⁸. Briceño Iragorri comenta que quienes adversan sus ideas filosóficas y políticas suelen atacarlo al decir que es promotor de esta última. Señala que su conocido libro *Tapices de Historia Patria y La Instrucción de Caracas* de Carracciolo Parra León fueron utilizados como “manzana de la discordia” por los adversarios de la reevaluación hispánica:

“Aparecieron ellas [las obras mencionadas anteriormente] en pleno debate acerca de la materia colonial y lucharon contra la obcecada negación de quienes no querían ver que, examinando y justificando en el tiempo la labor de los colonizadores españoles, se examina y justifica la obra de los hombres que generaron nuestra vida cívica. Esos hombres motejados de barbarie, de crueldad y de ignorancia son los mismos hombres que dieron vida a nuestra nación. Manuel Díaz Rodríguez, proclamó, en oportunidad solemne, que no sólo los varones de la Independencia, sino también los heroicos conquistadores deben ser vistos como Padres de la Patria.”²⁹

En *Introducción y defensa...* el autor procura colocarse en una posición distante de leyenda alguna, pero es evidente que en la balanza se inclina por la leyenda dorada, aunque no llega a “beatificar” a los españoles, dice que estos han sido caracterizados de manera despectiva como bárbaros, crueles e ignorantes. Señala que sus acciones deben ser examinadas y justificadas. *Tapices...* fue publicada en 1933, durante la atapa final del gomecismo. Ya explica el autor en “Nuestros estudios históricos”³⁰ cómo a la revisión del pasado colonial se llega después de que la Historia se empieza a ver de un modo científico. Briceño Iragorri señala que los caminos abiertos por el positivismo condujeron de forma indirecta a la revisión de los hechos antiguos. Enumera historiadores pioneros: Tulio Febres Cordero, Lino Duarte Level, Carracciolo Parra Pérez, Rufino Blanco Fombona, Eloy G. González, Carracciolo Parra León, y otros que, con criterio dualista, indagaron en el pasado colonial buscando hechos de cultura, despojados del determinismo.

Briceño Irigorri aclara la importancia de la erudición para el proceso revisionista, del cual él forma parte, aunque no menciona su nombre expresamente cuando enumera a sus exponentes. Comenta la importancia de la aportación historiográfica de Arístides Rojas, el material (a veces desordenado y baladí, comenta) de Manuel Landaeta Rosales, la colección de Blanco y Azpúrua “Documentos para la vida pública del Libertador”, los fondos del archivo General de la Nación y las copias de Sevilla de la biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, el Archivo de Miranda, el Archivo de Sucre, por mencionar algunas fuentes documentales que han sido fundamentales para la revisión de la Historia venezolana.

Es así como hay que decir que la aparición y los aportes de *Tapices...* en 1933, en plena discusión del revisionismo, tiene un mérito que debe reconocerse. Exigir una absoluta ecuanimidad y equilibrio ante el problema, tal vez sea pedir demasiado. Esto, si se revisa la posición del historiador, no sólo en 1933 cuando publica su emblemático libro, sino en 1951 cuando lee en la Universidad Central de Venezuela la conferencia “La leyenda dorada” (publicada en *Introducción...*). En ambos textos Briceño Irigorri mantiene y defiende su postura. No es un paladín de la leyenda dorada, dice, pero confronta la leyenda negra. Aboga por una Historia sin leyendas, y en definitiva, defiende el aporte hispánico a la cultura e historia venezolanas. Finalmente, se defiende a sí mismo, con el texto publicado en el libro que nos ocupa.

Zumeta y el *hiato* de la Historia venezolana

Hay un aspecto de interés en el texto estudiado, que aparece en tres ocasiones distintas. Es la visión del autor ante el postulado de César Zumeta de que existía un “hiato” o pausa entre la Colonia y la República. En “Nuestros estudios históricos” (1947)³¹ señala esta tesis como visión de oposición ante la historiografía revisionista, aunque no menciona a Zumeta. Más adelante, en “La leyenda dorada” (1951)³² vuelve a ello de manera más específica:

“Acuñó entonces nuestro grande hablista [Zumeta] la frase que ha servido de fútil banderola a los enemigos de la revaluación de nuestro pasado hispánico: ‘Entre la Colonia y la República hay un hiato semejante al que separa al Antiguo del Nuevo Testamento’. La frase puede impresionar a tontos, pero es de un absurdo doblemente manifiesto”³³.

En ese texto, Briceño Iragorri celebra que la posición de Zumeta perdiera importancia con el paso del tiempo. Aunque la califica de absurda y de parecer escrita para impresionar a tontos, al año siguiente, en “Sentido y función de la ciudad” (1952)³⁴ vuelve sobre el tema con una posición contrastante que vale la pena citar:

“Cuando el gran Zumeta dijo en fino lenguaje de malabarista que existe un hiato o una pausa entre la Colonia y la República semejante al que separa del Antiguo al Nuevo Testamento, no estaba haciendo en verdad una teoría de nuestra Historia, sino una frase que condensa a maravilla el estado de conciencia ahistórica que hasta entonces influía en el estudio de nuestro pasado”³⁵.

Es evidente que la frase movió el piso de Briceño Iragorri, cuando Zumeta la pronunció en su discurso para recibirse como académico. Le causó ciertos desvelos, para pasar de mencionarla sin citar la fuente en 1947, luego a atacarla frontalmente en 1951 y finalmente usarla a su favor en 1952. También es pertinente revisar en qué contextos el autor se refirió a ello: “Nuestros estudios históricos” (1947) fue escrita para el número 24 de la *Revista Historia de América* (México), “La leyenda dorada” (1951) fue una lectura realizada para la Cátedra de Historia Colonial de la Universidad Central de Venezuela, y “Sentido y función de la ciudad” (1952) fue la lectura inicial del curso de conferencias que antecedió a la celebración del IV centenario de Barquisimeto. Si bien es cierto que su posición ante la cita de Zumeta pudo variar en el tiempo, también puede decirse que el público original de cada uno de estos textos era distinto. Especialmente el de 1947, una revista en la que definitivamente, era necesario cuidar las formas. La UCV es, por el contrario, la casa u hogar, el nicho natural del autor, donde podía permitirse ciertas licencias. Quizás el lugar más neutral, y el más decantado en el tiempo, fue Barquisimeto, en donde Don Mario se permite poner posturas contrarias en

función de su idea de señalar como erróneo el desconocimiento de la Colonia como período necesario en la causalidad de la Historia venezolana.

El pueblo en *Introducción y defensa de nuestra Historia*

“El hombre, tanto por su valor de individuo como por su significado integrador de las entidades sociales: pueblo, religión, ejército, raza, es el verdadero sujeto de la Historia”³⁶ el autor habla tanto de un sujeto activo (el que crea los hechos), como de uno pasivo (aquel incluido en los procesos colectivos, sin ser parte activa de los mismos).

Respecto al mestizaje, Don Mario defiende la tesis de que el venezolano es un pueblo de trasplantes y confluencias. Ninguno de los tres grupos (españoles, indios y africanos), señala el autor, poseía una verdadera homogeneidad en sus valores étnicos y sociales. Caracteriza a cada raza de la siguiente manera:

- el español (mestizo a su vez de pueblos diversos), es el destinado a marcar el nuevo orden social. “El era el pueblo con Historia que venía a unirse con tribus y grupos sin anales”³⁷ Fue, en el caso venezolano (no en el de México o Perú) el que aportó la mayor herencia cultural. A pesar de las diferencias entre los mismo peninsulares (andaluces, catalanes, gallegos, etc.) poseían una homogeneidad cultural que les otorgó un plano distinto al de los pobladores autóctonos.
- El indígena, según el autor, apenas aporta una modesta experiencia como agricultor. Sin embargo, señala Briceño Irigorri, la producción cerámica de regiones como Tacarigua o el occidente del país, refieren a pueblos con cierta tradición y con vínculos con culturas un poco más avanzadas. Por lo que afirma que es necesario contemplar el aporte indígena a la conformación del pueblo, como pieza clave en la implantación de los modelos hispánicos.

- El aporte negroide exige un estudio más detenido y exhaustivo. Don Mario puntualiza que ha sido visto como una uniforme masa esclava, con una subestimada contribución a nuestra cultura. “Se ha sabido que en los barcos negreros, Inglaterra y Portugal transportaban a nuestra América tribus enteras que gozaban en el territorio de un grado apreciable de cultura”³⁸. Para el autor el componente negroide constituyó una fuerza viva, rebelde y resistente a las autoridades, a diferencia del *resignado* indígena.

En este juego de contrastes entre las tres razas, Briceño Iragorri privilegia al negro sobre el indio, y por encima de los dos coloca al español. De manera categórica dice que los signos que dan dignidad y estatura histórica a nuestra cultura provienen del bagaje cultural e histórico del español, pero que tanto indios como negros dieron “lo que era suyo, en vicios y virtudes”³⁹.

Este conjunto originario, mezclado con el paso del tiempo gracias al sentido igualitario del español (según palabras del autor), llevó adelante el característico mestizaje venezolano. Briceño Iragorri aprovecha la ocasión para marcar una diferencia entre la herencia cultural hispana y la anglosajona, en cuanto a la capacidad de asimilar e integrar nuevas culturas.

El pueblo, entonces, surge de este proceso de mixtura cultural, que generó la sociedad que hoy constituimos. Sin embargo, el autor reclama la necesidad de levantar el nivel cultural del pueblo. Señala que los estamentos poderosos siempre lo han utilizado, se han valido de él, como medio para lograr un fin: “...a ese buen pueblo no se le ha educado cívicamente para otra misión que no sea dar su respaldo a las autoridades del momento”⁴⁰

Reconoce Mario Briceño Iragorri el aporte de los inmigrantes. Ellos traen la refrescante cultura del mundo, dice. Pero señala la necesidad de mantener las raíces, las tradiciones, la Historia, y para ello cita a Martí: “Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas”⁴¹.

En definitiva, es el Pueblo el que construye la Historia y se ve reflejado en ella, que le sirve para mantener los pies firmemente puestos sobre el suelo para conservar el goce de sus fuerzas creadoras, tal y como Anteo debía poner el talón sobre su suelo natal⁴². La Historia se construye con lo que llama las “líneas determinantes de la Nación”, que no es más que los valores que dan forma a los pueblos. Las naciones, a su vez, se forman al conjugar los valores históricos con los geográficos, económicos y morales.

En ese proceso de dar fisonomía al pueblo, la fundación de las ciudades cobra gran importancia. Ofrecieron un lugar donde establecer la unidad política, administrativa, económica. Don Mario coloca las raíces de la nacionalidad en la Ciudad colonial. Es el orden contra el caos. El lugar donde aplicar las Leyes de Indias, donde el Cabildo (cuyas virtudes Briceño Irigorri siempre recuerda) le otorgaba un rostro institucional al pueblo. De allí que el autor no pueda hablar del pueblo sin mencionar las instituciones y, en definitiva, a la Ciudad.

La patria se mete por los ojos

Mario Briceño Irigorri dice que el paisaje proporciona la primera lección de Historia. Es inevitable cruzar la geografía nacional sin pensar en su Historia. El autor trae a Agustín Codazzi a colación, y señala que éste pensó “primero el suelo, después el drama que lo tuvo de escenario”⁴³. Sin embargo, Briceño Irigorri reconoce el aporte de Codazzi al señalar que tanto el suelo como los hombres son una unidad funcional. Son una suma cuyo resultado es la cultura. La geografía determina a qué se dedican los hombres, y estos generan cultura. Por lo que la sociedad está determinada en gran parte por el lugar en donde se desarrolla.

El autor comenta cómo desde el siglo XVI los españoles reconocieron esta necesidad, y se dieron a la tarea de recopilar datos geográficos y estadísticos que les permitieran construir en su imaginario, cómo estaba constituida la geografía americana. El *Atlas* de Codazzi, (realizado durante el período de Páez) y los *Anuarios* guzmancistas, representan aportes insoslayables. Sin embargo, Briceño Irigorri acusa que los esfuerzos se han realizado “a la buena de Dios, que con frecuencia ha resultado ser la mala del Diablo...”⁴⁴. Improvisación, corazonadas, falsos aciertos, parecen minar la trayectoria de las investigaciones en torno al tema. De allí que señale que es urgente (desesperadamente urgente) y algo vergonzoso también, decir a quienes dirigen los destinos de la Nación que se requiere de un balance histórico “y que es de imperio ver sobre los cuadros del pasado los propios problemas que quedaron trancos en su resolución”⁴⁵. Algo a todas luces, evidente. El texto en cuestión no tiene fecha, pero por la forma en que se refiere a los gobernantes (“a la gente que se llama directora”) y por el rango de fechas del libro, bien pudiera suponerse que el texto pueda ser contemporáneo al trienio adeco.

“La patria se mete por los ojos”⁴⁶, dice el autor, y señala que sin los estudios geográficos y estadísticos es imposible comprender la problemática social. Los pueblos tienen una interacción con su entorno: se modifican mutuamente, pues la tierra hace a los hombres agricultores, mineros o pastores, y ellos con su labor

cotidiana modifican el ambiente que los rodea y alimenta, poco a poco. Es un sistema dinámico, y para estudiar la Historia de un pueblo hay que reconstruir dicho sistema, en su tiempo histórico, en su momento, no en otro. Entonces será posible tener una visión lo más cercana a la cultura de estos pueblos.

Reflexiones del Cronista de Caracas

Hacia 1951 las clases cultas venezolanas habían empezado a apreciar las antigüedades coloniales, las adquirían o rescataban de viejas casonas y las integraban a su mobiliario. Esta costumbre se transforma en una moda, en la que el autor aprecia un retorno espontáneo hacia los símbolos de la Historia venezolana. Si se quiere es una suerte de *legitimación material* de la causa de Briceño Iragorri. El arte y el mobiliario colonial es digno de ser adquirido por la clase pudiente caraqueña. Ellos otorgan a estos objetos, en un abrir y cerrar de ojos, el valor que el autor llevaba años predicando y defendiendo. Y quizás no sólo haya ocurrido esto por el simple hecho de que lo hayan hecho los poderosos, sino porque los objetos en cuestión fueron testigos materiales de una época que aunque se puede reconstruir con palabras, documentos y teorías, se muestra de manera más accesible al gran público a través de un universo objetual. Hacerlo a partir del documento es el camino lógico del historiador, pero para el común de la gente, una pintura, un mueble o un traje de la época pueden hablar de manera más amable, más subjetiva tal vez, pero con códigos universales. Al respecto, las reflexiones del autor sobre los objetos de uso cotidiano son de gran interés:

“A simple vista un odre utilizado en los menesteres domésticos de los señores de la Colonia, no debiera tomarse en cuenta cuando se trata de estudiar la razón vital de nuestro pueblo, pero sucede a veces que objetos de valor verdaderamente insignificantes adquieren el sello diferencial de una cultura y sirven para orientar las pesquisas que se instauren en pos de hechos que intentamos conocer a cabalidad...”⁴⁷

Afirma el autor que tanto el mobiliario de las casas e iglesias como la pintura, corrieron la misma suerte de la cultura en general, de allí que podamos señalar que para Briceño Iragorri los objetos sean, además, capaces de orientar al historiador

en sus investigaciones. Vivieron guerras e invasiones, y fueron víctimas del abandono y la desidia, en algunos casos. Son silenciosos testigos que hay que aprender a interrogar. Y Mario Briceño Iragorri lo intuye cuando dice que hay que percibir el calor de la tradición que se encuentra entre las porcelanas y los retablos. Señala con orgullo que no le importa ser catalogado de “tradicionalista”, pues considera que la tradición es un impulso o fuerza creadora capaz de defender a los pueblos.

El autor inicia un lamento largamente escuchado a lo largo del siglo XX y que podemos decir que continúa en el XXI: la pérdida de la memoria arquitectónica. Condena el entonces proyecto de demolición de las casas del Museo Colonial y del Colegio Chaves en Llaguno, habla también del “desnarizado” Teatro Municipal, el cual perdió parte de su fachada en el proceso de construcción de la Avenida Bolívar. No menciona la demolición del Hotel Majestic, que también se había dado durante la reurbanización del Silencio. Dice, en tono amargo, que la Historia de Venezuela es la de un largo proceso de demolición. Destruir para construir, para que luego venga otro a destruir lo construido, y empezar de nuevo a levantar un nuevo edificio.

“Nuestro desacomodo social, la violencia de los tránsitos, políticos, el ascenso sorpresivo de fuerzas bárbaras a la rectoría de los pueblos, el prurito de no concluir los procesos que no inició el sistema o la generación anterior, son factores que explican el poco escrúpulo que se ha tenido para arrasarse con el pasado”⁴⁸

El autor cita a Bolívar, cuando éste dijo que se había ganado la Independencia a costa de arruinar tres siglos de cultura. Y aunque lamenta la desaparición de manifestaciones materiales de la cultura, Briceño Iragorri acepta que en algunos casos es necesario tomar de las modas aquello que sea progresista y enriquecedor. En este punto es interesante ver cómo rechaza y cataloga de abominables “el mambo, los chicles, la pintura abstracta y la literatura existencialista”⁴⁹, por ejemplo.

Para 1951 el autor tenía el cargo de Cronista Oficial de Caracas, y en el texto relata un encuentro con un periodista, que lo quería entrevistar en relación a la demolición de las viejas casas de Llaguno:

“...le dije [al periodista] , más o menos lo siguiente: ‘Aún no he pensado lo suficiente respecto al caso que usted me presenta [la demolición en Llaguno], pues estoy entregado a elaborar la respuesta que habré de proferir cuando se me pida opinión acerca de la demolición de la Catedral y de San Francisco’. El periodista, mirándome con blancos ojos de espanto, me preguntó angustiado: ‘¿Y eso va a ser?’, ‘Claro que será, le respondí en el acto, ‘pues al paso que vamos nos llegarán a estorbar las mismas cenizas de Bolívar”⁵⁰

Su posición al respecto es clara, y se permite incluso ironizar al respecto. Con amargura y desencanto, evidentemente. Sin esperanza. Dice que el Bolívar de verdad (el de la función creadora y defensiva) estorbará tanto que se sustituirá por otro que puede conjugarse en plural y que encaje con la Caracas de cemento. Advierte de la necesidad de crear una conciencia afirmativa en el pueblo, de sembrar valores a partir de la tradición, y para apoyar su idea, cita a Mariano Picón Salas, quien dice que sin los valores espirituales más vale darse en alquiler a las compañías inversionistas extranjeras.

Briceño Irigorri define la tradición, y subraya que no ésta no tiene un concepto estático. “Tradición es, por el contrario, comunicación, movimiento, discurso”⁵¹, dice, y luego añade que consiste en la transmisión de los valores formados por los antepasados. Esto coincide con la idea que actualmente se maneja en relación al patrimonio, tangible e intangible. El autor comenta que estas manifestaciones imponderables dan forma al genio de los pueblos, es la conciencia que permite ver, entre líneas, el drama de la Historia.

Briceño Irigorri utiliza esta idea para volver al problema medular que le preocupa constantemente: la necesidad de utilizar la historia (y la tradición, en este caso) como bastión para la resistencia cívica. Lamenta que la voz de Alonso Andrea de Ledesma sea apagada por la de Amyas Preston⁵², cuya historia, por el contexto que da el autor, parece ser que estaba siendo privilegiada en aquel momento.

El autor responde a los “capitanes del pseudo-progreso” que se burlan al comparar los edificios antiguos con el moho, las telas de araña y la polilla. Dice que una cosa es la basura (que debe barrerse, acota) y otra los zaguanes, los altares, las puertas, que contienen el aliento de los antepasados. Culmina su texto con una idea que enlaza y complementa su noción de la Historia como Libro Mayor de los pueblos: “La tradición, como buen legado, se recibe a beneficio de inventario”⁵³. Entonces, los bienes patrimoniales, forman parte de ese libro de cuentas, cuyo balance final otorga un piso a la conciencia del pueblo.

Simón Bolívar, principio y fin

La aproximación objetiva al Libertador parece ser un problema difícil de soslayar para cualquier historiador venezolano. Es necesario revisarlo una y otra vez, releerlo tanto a él como a los historiadores que se han ocupado del Libertador a lo largo del tiempo. Y Mario Briceño Iragorri no escapa a esa suerte. En *Introducción...* son varias las páginas dedicadas a la figura de Bolívar y a su legado. Retorna a él en varios de los textos incluidos en el libro, sin embargo, en casi todos lo hace de manera puntual, para tratar un tema específico: el determinismo en la historia venezolana (cuando se refiere a la famosa frase del Libertador en el terremoto de Caracas), la tendencia a desechar el pasado (cuando habla de las cenizas del Libertador en el texto dedicado a la tradición), la herencia intelectual de la Colonia (“Bolívar creció bajo un alero donde ya habían anidado las águilas rebeldes”⁵⁴, dice), o la costumbre de derruir edificaciones antiguas (cita al Libertador cuando éste dijo que se había ganado la Independencia a costa de arruinar tres siglos de cultura).

Pero en “La Historia como elemento de creación” (1942) vincula la imagen de Bolívar con su concepto de la Historia. Parte de la noción ya comentada en este trabajo, de la idea torcida que se tiene de concebir la Historia como una herencia que no se incrementa, sino que sólo se disfruta. Es allí cuando toma el hilo del legado del Libertador como excusa para hablar de la conciencia popular, y lo hace

con un artilugio literario interesante: comienza por citar una canción popular trujillana y la analiza con la preocupación del historiador.

La estrofa citada es la siguiente:

*Cuando Bolívar murió,
real y medio me dejó,
compré una pava,
compré un pavito,
y el real y medio
quedó enterito.*

Parece vano ocuparse de una estrofa popular, sin embargo, el autor reconoce haber encontrado un valor documental en el corrido. Señala:

“Nosotros todos, grandes y chicos, hemos tenido y tenemos la sensación de que Bolívar nos dejó real y medio, con que podamos comprar pavas y pavitos, y todo lo que se nos ocurra, en la seguridad, o al menos con la esperanza, de que nos quede siempre ‘enterito’, sin pensar que a ese real y medio debemos agregar algo, algo apenas, para tener el *bolívar* completo. Debemos sudar un poco para hacer nuestro cívico *bolívar*, de lo contrario no tendremos sino real y medio que se va (...). Parece que en realidad muchos se han conformado con el real y medio de la herencia de Bolívar, mientras que otros han rebajado al mismo Bolívar a sólo un valor de real y medio para hacer negocios. Real y medio para comprar cualquier cosa. Una pava o una conciencia”.⁵⁵

Hay que recordar que anteriormente existían las denominaciones del real (50 céntimos de bolívar) y del medio (25 céntimos de bolívar), de allí que a un real y medio le hicieran falta 25 céntimos (otro medio) para completar el bolívar. Con este juego metafórico entre economía popular e Historia, Briceño Iragorri señala algo que, por obvio suele dejarse de lado: la herencia de Bolívar, es decir, su legado, está incompleto, y está a la espera de ser continuado por los herederos. Y el autor señala cómo debe hacerse, pues puede interpretarse que la gesta independentista bolivariana necesita continuar literalmente, y no es así. Es el trabajo personal y presente el que enriquecerá a la patria. Acota que, si bien es cierto que a nada llega un pueblo que se quede admirando estáticamente la gloria pasada, tampoco se

puede transpolar la Historia literalmente, pues es necesario darle a ésta un sentido de balance con el tiempo.

Acusa el uso indiscriminado del Libertador, para comprar pavas o conciencias: “...yo sólo evoco aquí su nombre para presentarnos ejemplos de Historia desnaturalizada, por medio de la imagen de un Bolívar fallo de valor, de un Bolívar que, para actuar en presente, pide el pulso de nuestra sangre fresca y generosa”⁵⁶. Señala más adelante que nuestro progreso pide verdad, pide un examen honrado y humilde de nuestro deber ser como ciudadanos. Se requiere hacer el inventario de la Historia para conocer las posibilidades del presente, para reconocer, en definitiva, la responsabilidad que se tiene con el presente. Simón Bolívar es, entonces, una excusa más para volver sobre el tema de la Historia como disciplina moral. ¿Qué mejor exponente de ello que el Libertador? ¿Qué mejor ejemplo de lo torcido del camino que la lectura del Libertador que han hecho los gobernantes? Es así como, aunque Briceño Iragorri no se ocupa en extenso del personaje, lo utiliza para defender sus puntos de vista, incluso para defender a la Colonia. En fin, como dice el título del libro, para defender nuestra Historia.

3. Relación entre política y discurso histórico en *Introducción y defensa de nuestra Historia*

Mario Briceño Iragorri ofrece a lo largo de la obra pistas sobre su pensamiento político. No son evidentes, pero revelan una tendencia conservadora y moralista, dirigida a brindar pautas de comportamiento surgidas a partir de las lecciones de la Historia. No en balde el autor se formó en la escuela positivista, y aunque enriqueció su bagaje con los aportes de otras ciencias sociales acordes con el siglo que corría, el orden necesario, el comportamiento a derecho y el respeto por el legado de los antepasados, siempre está presente en su obra. Su visión pragmática de la Historia se revela como fundamental en el discurso.

Como señala Laura Febres⁵⁷, Don Mario pudo armonizar su trabajo teórico con el práctico: sus reflexiones históricas puestas en práctica con su actuación política. *Introducción y defensa de nuestra Historia* se ofrece como un manual (él lo llama guión) para lograr este objetivo. Parece ser un libro ensamblado de acuerdo a su visión del problema histórico, y de acuerdo al momento que se vivía. Lo publica en 1952, en Caracas, por lo que tal vez lo edite poco antes de su participación en las elecciones para la Constituyente y del exilio subsecuente. Es un libro que rescata y sintetiza parte de su producción durante los gobiernos post gomecistas que anunciaban una nueva Venezuela: la que anhelaba Briceño Iragorri. El libro está dedicado a Pastor Oropeza, como “testimonio de alto aprecio”. Oropeza fue un importante médico pediatra venezolano, gran amigo de Medina Angarita, y formó parte de su gobierno junto al autor.

Si bien Mario Briceño Iragorri vivió y se formó en el gomecismo, él (como otros intelectuales) reconocía las increíbles limitaciones de la dictadura. Sin embargo, en más de una ocasión considera la idea de la democracia jerarquizada, en la que los méritos de los ciudadanos sean los que dicten el orden de la Sociedad y donde los ciudadanos más capaces lleven las riendas del poder. Para ello se requiere de “... un Estado protector que aunque no era totalitario tendría que ser ‘productor y creador de valores’. Con estas condiciones, estamos hablando de un Estado

fuerte..."⁵⁸. No creía en la libertad de prensa sin restricciones, y debido a este tema estuvo en desacuerdo con José Gil Fortoul desde 1920.

Es en su libro *Temas inconclusos*, donde la historiadora Laura Febres señala que se expone de manera más clara el ideario político de Mario Briceño Irigorri. Señala Febres que esta obra fue escrita luego de la Segunda Guerra Mundial, y que está influida visiblemente por el impacto que la contienda causó en el mundo. Especialmente por el auge de los nacionalismos exacerbados que llevaron a gobiernos autoritarios, déspotas, negadores de muchos de los principios fundamentales del ser humano. Es así como en *Temas inconclusos*, la democracia se eleva como el modelo ideal de gobierno, en contraposición a la dictadura; aunque para ello se requiere del Estado fuerte, de la democracia jerarquizada.

De allí que el gobierno de Medina Angarita fuera para el autor el más apropiado y acorde con sus ideales. Además, Medina era un amigo cercano de Briceño Irigorri, el Presidente escuchaba al historiador y viceversa. La relación de estos personajes fue estudiada ampliamente por Laura Febres en las fuentes citadas, en las que dice que se apoyaron afectiva, intelectual y políticamente, aunque la amistad no tuvo el mismo tono a lo largo del tiempo, debido a las diferencias en la actuación política de ambos, que se evidenciaron al principio de este trabajo.

Dice Ramón J. Velásquez sobre el período de Medina y su vinculación con los intelectuales:

“Por primera vez se congregaba en el seno de un gobierno liberal (...) número tal de escritores, profesores universitarios, periodistas, científicos, artistas, juristas y hombres de empresa, provenientes muchos de ellos, de las filas de la más auténtica oposición antigomecista, procedentes otros de las filas del marxismo y representativos todos, del nuevo país que acababa de nacer (...) en los días de Medina Angarita, el debate político era el pan de cada día y los actos de los gobernantes estaban sometidos al bisturí de una oposición menos extensa que la de las últimas décadas, pero más vigorosa, en ocasiones implacable...”⁵⁹

Es en este entorno político que Don Mario escribe los ensayos incluidos en el libro que nos ocupa, y es al final del trienio adeco cuando compila estos ensayos y les da

forma de manual, o de guión para comprender y defender la Historia venezolana. Señala que los expone para que, sobre ellos, mediten “los compatriotas que se preocupan por la defensa integral de la República”⁶⁰. Hay, a lo largo de la obra una verdadera preocupación por la defensa de la Nación, por (como el título de la obra lo indica), la defensa de nuestra Historia. Ello se subraya cuando Briceño Iragorri puntualiza que la Historia es el patrimonio moral en el que descansa la nacionalidad. Si bien este tema siempre está presente en su producción intelectual y en su actuación política (recuérdese sus reservas con las compañías multinacionales como la United Fruit Company), en este libro parece ser capital, un tema central: el vórtice del texto. Y como el centro de los huracanes, el libro ofrece su punto de vista con calma, aunque el entorno sea convulsionado. Ello sirva para recordar que tan elegante, sobrio y reposado texto fue publicado en 1952, al calor de la campaña electoral (la Explicación introductoria del autor está fechada el 12 de septiembre de ese año), y próximo a las elecciones cuyos resultados serían fraudulentamente alterados por Marcos Pérez Jiménez y que lo conducirían al exilio. Entre que los primeros ensayos del libro se escriben y que éste se publica se derrocan dos presidentes (Medina y Gallegos), se asesina a Delgado Chalbaud y Pérez Jiménez hace la jugada que le permite entronarse como dictador, sólo por mencionar algunos de los eventos políticos de esa convulsionada época.

Parece una situación en la que mantener la calma y dedicarse a escribir (o a compilar ensayos), sea difícil o imposible. Más aún para llamar a una defensa de la Historia y de la nacionalidad. A pesar de su visible empatía por las tendencias más conservadoras de la política, Don Mario se muestra alerta (muy alerta) ante las intromisiones de los Estados Unidos de Norteamérica. Parece preocuparse más por la invasión cultural del norte que por la económica, y desprecia a la Venezuela petrolera, a la que achaca el abandono de antiguas fortalezas económicas, como el cacao y el café. Sin embargo, en el libro se centra más en advertir sobre la posibilidad de perder los valores que cimentan la nacionalidad, debido a la influencia de la cultura anglosajona. Evidencia ante ello una gran angustia, pocas esperanzas y propone la consolidación de un sentimiento de pertenencia a la

Nación, a partir de las lecciones que da la Historia. Sin embargo, reconoce la poca capacidad de quienes rigen los destinos del país para llevar a cabo esta labor.

Esta necesidad de defender la Historia venezolana, que se produce en 1952, no sale de la manga, y es, para nosotros una actitud que desentraña su ser político, especialmente porque no se queda en la teoría. Don Mario venía trabajando los temas necesarios para llegar a ello desde los tiempos de Gómez, pero logra ponerlos en práctica durante los gobiernos postgomecistas. Joaquín Gabaldón Márquez señala, en un texto sobre el autor⁶¹, que pudiera decirse que la eclosión política de Briceño Iragorri fue tardía, "...pero cuando ésta se produjo, lo hizo con tanto vigor, con tanta firmeza, con tanta precisión, y con tal conciencia definitiva, que ya, ni él mismo, ni nadie, pudo pensar en el menor desmayo. La decisión con que se entregó a la vida de su pensamiento, a la realización de su idea, yéndole en ello, además -y con plenitud de conocimiento-, la suerte de su existencia física misma (...) lo comprueban..."⁶². Lo que Gabaldón Márquez señala es que en su actuación política no influyó ningún furor de la juventud: sus decisiones políticas son maduras y reposadas, cimentadas en el conocimiento del pasado. Y sustentadas en un profundo conocimiento de la causalidad de la Historia venezolana. Quizá por ello -y por su origen tachirenses, su formación católica y sus vínculos castrenses- se aprecie en su pensamiento una tendencia conservadora.

De su proceder como político Ramón J. Velásquez⁶³ relata algunos episodios, entre los que destaca la visita a Ciudad Bolívar del historiador J.M. Siso Martínez, cuando fue a realizar conferencias y actividades de oposición al PDV, durante el período de Don Mario al frente de la presidencia del Estado Bolívar. Siso Martínez no sólo no encontró trabas para realizar su tarea, sino que en la primera fila de los espectadores de su conferencia se encontraba el propio Briceño Iragorri, escuchando pacientemente las críticas a su Gobierno. Velásquez también se refiere a la pluralidad política que caracterizó al autor, y a su tesis sobre la convivencia como factor fundamental para el ejercicio político: en este punto se ocupa de mencionar el llamado Club de los Xoquetes, del que formaban parte Arturo Uslar Pietri, Rómulo Betancourt, Raúl Leoni y Manuel Egaña, entre otros miembros del

gobierno y la oposición. Su postura ecuánime lo llevó a distanciarse de su amigo Medina Angarita, mientras fue Presidente del Congreso, al defender la autonomía de su cargo y de la Institución que presidía.

Es allí donde colisiona la tesis de que el autor logró conciliar su vida como político con su producción historiográfica. Lo intentó, y logró algunas cosas muy puntuales, como mantener la distancia necesaria con la United Fruit Company, o como recuperar la autonomía de algunos municipios en el Estado Bolívar. Pero una actitud tan correcta y moral no es eficaz en la arena política, y su exilio de 1952 así lo demuestra. Sin embargo, es admirable su tenacidad, su actividad constante y su capacidad de mantener posiciones hasta en las condiciones más adversas. Y ello es más admirable aún si se recuerda que, como señala Gabaldón Márquez, para 1952 el autor no era un joven exaltado. Era un hombre en la edad de esperar una merecida jubilación y un retiro digno. A cambio, le tocó el exilio. Regresó a su país apenas unos meses antes de morir.

Finalmente, puede decirse que *Introducción y defensa de nuestra Historia* nos habla de un autor conocedor de su tiempo, de la historia y la política de su país, de un personaje que reconoce las debilidades de su pueblo, de alguien que sabe lo que espera a su patria sino se toma el camino de la moral y el buen hacer, cuya lección dejaron nuestros antepasados. Es un lamento por el pueblo que se ha olvidado de sí mismo y una advertencia de lo que puede ocurrir si se niega el pasado.

Conclusiones

La vida política y la producción intelectual de Mario Briceño Iragorri siempre estuvieron vinculadas de una manera u otra. *Introducción y defensa de nuestra Historia* (1952), si bien menciona en contadas ocasiones situaciones de su presente, permite desde su análisis historiográfico, establecer nodos o puntos de conexión con el ejercicio político del autor.

Primero, al ubicar la compilación y edición del libro en el tiempo, es posible reconocer que fue escrito en uno de los momentos más activos políticamente de Briceño Iragorri: desde el gobierno de Isaías Medina Angarita hasta que está por terminar el ejercicio de la Junta Militar que derrocó a Rómulo Gallegos. Este período fue un punto crucial tanto en la vida del autor como en la Historia venezolana. Representó, tanto para Don Mario como para Venezuela, la ruptura de un sueño democrático y la llegada a un callejón sin salida, al que condujo la prisa, la urgencia, la falta de paciencia y de confianza en los cimientos de la nacionalidad. Todo ello era conocido por el autor, el cual muy probablemente intuía la llegada al callejón. El libro en cuestión fue una respuesta a este problema, y pretendió brindar las herramientas básicas que permitieran, desde la Historia, ayudar a resolver un problema de índole político.

Ello, sin embargo, no deja de ser una solución utópica ante una tendencia al cortoplacismo que llevaba años arraigada en nuestro país, y que aún hoy en día continúa. Don Mario era un intelectual que procuró llevar a la realidad sus ideales, sin ser un político de carrera. Es decir, pasó de ser un académico a ser funcionario del Estado y de allí, a ejercer la política. No fue su caso el de Rómulo Betancourt, por ejemplo, quien estuvo metido en la arena política desde joven. Y siempre, en el caso de Briceño Iragorri, estuvo presente su vocación de historiador.

El libro analizado es ejemplo de ello. Señala que es urgente la defensa de la Historia para lograr perfilar las líneas que dan forma a la sociedad (la de ahora, la actual). Se requiere darle un carácter a la sociedad venezolana, para cimentar la

nacionalidad. Para ello es esencial defender la idea de Historia como patrimonio moral de la Nación. Señala la urgencia de reforzar los nexos que fortalecen el alma del pueblo, para poder construir barricadas para su defensa ¿de quien o quienes? El autor es específico en su texto: si en el pasado fue necesario defender la hispanidad de los piratas ingleses, para el momento de la publicación del libro había que defenderse de las transnacionales norteamericanas, especialmente de la invasión en el plano económico y en el cultural. Se requiere de un guión o manual que introduzca al venezolano al estudio de su Historia, y Briceño Iragorri lo propone. De allí que el libro no sea una Historia de Venezuela, sencillamente es un conjunto de ensayos que aportan herramientas para profundizar en ello, para buscar en nuestro pasado las líneas fundamentales que caracterizan la nacionalidad.

Para ello, Mario Briceño Iragorri desglosa los estudios historiográficos, en un afán por recordar que no se debe seguir cometiendo el error de negar lo pasado, aunque no se esté de acuerdo con anteriores visiones o posturas. La historiografía de la República existe, al igual que la de la Colonia, la científica, y la revisionista. De su formación en el positivismo rescata la importancia del orden, y de su evolución como historiador revisionista, la necesidad de reconocer la función de la institucionalidad, heredada de la Colonia. La Historia es una disciplina moral, que dicta el comportamiento en el presente a partir de las lecciones del pasado, dice una y otra vez, de una y otra manera.

Rechaza el determinismo, defiende la causalidad en la Historia. De allí que su visión de la etapa colonial, en contra de la leyenda negra, sea fundamental. Don Mario aprovecha el texto para defenderse de quienes le señalan como defensor de la leyenda dorada. Visiblemente a favor de la hispanidad, aboga por una posición intermedia, que permita justificar la independencia como un evento lógico, consecuencia directa de un proceso de maduración o crecimiento de las naciones latinoamericanas. Es así como procura marcar distancia de visiones como la de Zumeta, quien dice que entre la Colonia y la Independencia no hay vinculación ni continuidad, sino un hiato o pausa. Ante este comentario Don Mario tuvo

reacciones diversas en el tiempo, según el auditorio y el contexto. Pero es evidente que su posición es absolutamente contraria: los próceres de la independencia fueron formados y moldeados por las instituciones coloniales. Es allí donde hay que buscar las raíces. Las de la Nación, aquellas que pueden dibujar el perfil del pueblo. De ese pueblo que es sujeto de la Historia.

La estructura del libro aporta información adicional: se inicia con la historiografía venezolana, revisa la noción de pueblo y de geografía, continúa con la importancia del humanismo en los pueblos americanos, revisa las leyendas negra y dorada, estudia el origen de las ciudades en la colonia junto a las instituciones que les dieron forma, reconoce la importancia de las tradiciones y del patrimonio artístico y arquitectónico, y culmina con un maravilloso ensayo titulado “La historia como elemento de creación”, que es, si se quiere, el ombligo del libro: recoge la imagen de Bolívar, la independencia, el concepto de la historia, todo ello vinculado al tiempo presente, y a la necesidad de tomar esta información para construir (crear) un mejor futuro. Es así como el material de *Introducción y defensa de nuestra historia*, elegantemente escrito, deja colar los elementos necesarios para identificar aquello de que carece el pueblo, aquello que se requiere para construir un sentido de Nación: los elementos que, como bien dice el autor, permiten fortalecer el alma de un pueblo que necesita reconocerse como tal. Un colectivo que necesita desesperadamente de su memoria.

Referencias

- ¹ Laura Febres. *Mario Briceño Iragorri*, p. 22
- ² Referidos por Laura Febres en sus textos *Mario Briceño Iragorri* (2007) y *La Historia en Mario Briceño Iragorri* (2001)
- ³ *Mario Briceño Iragorri*, p. 48
- ⁴ Mario Briceño Iragorri, *Introducción y defensa de nuestra Historia*, p. 56
- ⁵ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 55
- ⁶ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 100
- ⁷ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, pp. 139-147
- ⁸ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 143
- ⁹ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 143
- ¹⁰ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 139
- ¹¹ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 143
- ¹² Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, pp. 59-60
- ¹³ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 60
- ¹⁴ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 62
- ¹⁵ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 63
- ¹⁶ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 68
- ¹⁷ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 74
- ¹⁸ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 112
- ¹⁹ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 57
- ²⁰ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, pp. 78
- ²¹ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, pp. 84-85
- ²² Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 98
- ²³ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 77
- ²⁴ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 79
- ²⁵ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 85
- ²⁶ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 86
- ²⁷ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 89
- ²⁸ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 89
- ²⁹ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, pp.90-91
- ³⁰ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, pp. 59-66
- ³¹ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, pp. 59-66
- ³² Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, pp. 89-110
- ³³ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, pp 92-93
- ³⁴ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, pp. 111-122
- ³⁵ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 112
- ³⁶ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 70
- ³⁷ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 72
- ³⁸ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 72
- ³⁹ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 73
- ⁴⁰ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 73
- ⁴¹ Citado en Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 75
- ⁴² Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 113
- ⁴³ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 67
- ⁴⁴ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p.67
- ⁴⁵ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 70
- ⁴⁶ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 68
- ⁴⁷ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 124
- ⁴⁸ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 127
- ⁴⁹ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 126
- ⁵⁰ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 128
- ⁵¹ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 129

⁵² Amyas Preston dirigió una expedición británica para el saqueo de Caracas, en 1595, en cuya defensa murió Alonso Andrea de Ledesma, sobre quien Briceño Iragorri escribió el libro “El caballo de Ledesma” (1954).

⁵³ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 137

⁵⁴ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 106

⁵⁵ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 141

⁵⁶ Mario Briceño Iragorri, *Introducción...*, p. 144

⁵⁷ Laura Febres. *Mario Briceño Iragorri*, p. 48

⁵⁸ Laura Febres. *La Historia en Mario Briceño Iragorri*, p. 201

⁵⁹ Ramón J. Velásquez. “Mario Briceño Iragorri”, en Mario Briceño Iragorri. *La Historia como elemento creador de la cultura*, p. 22

⁶⁰ Mario Briceño Iragorri. *Introducción...*, p. 56

⁶¹ “Mario Briceño Iragorri”, en *La Historia como elemento creador de la cultura*, p. 49

⁶² “Mario Briceño Iragorri”, en *La Historia como elemento...*, p. 49

⁶³ En “Mario Briceño Iragorri”, en *La Historia como elemento...*, p. 23

Bibliografía

BRICEÑO IRAGORRI, Mario. *La Historia como elemento creador de la cultura*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1985

FEBRES, Laura. *La Historia en Mario Briceño Iragorri*, Universidad Metropolitana, Caracas, 2002

FEBRES, Laura. *Mario Briceño Iragorri*, Ediciones El Nacional, Caracas, 2007

eDocs infoCIUDADANO

<http://www.infoc Ciudadano.com/edocs>

Los *eDocs* de **infoCIUDADANO** son una iniciativa educativa para compartir información valiosa que apoye el ejercicio ciudadano y los valores democráticos.

La infoc Ciudadanía es la producción, intercambio, distribución y aprovechamiento de información noticiosa por parte de ciudadanos, normalmente no periodistas, ejecutando los roles que tradicionalmente han tenido los medios masivos, a través principalmente de tecnología digital.

infoCIUDADANO es un conjunto de portales colaborativos y una agencia de noticias que distribuyen información generada por ciudadanos.

infoCIUDADANO:

¿QUÉ HACEMOS?	Fortalecer al ciudadano a través de la autogestión de información y la creación de redes.
¿PARA QUÉ?	<ol style="list-style-type: none">Fomentar y proteger las libertades democráticas ciudadanas, especialmente la de libre expresión.Nivelar al ciudadano con los representantes y autoridades políticas.Potenciar el servicio público autogestionado.
¿CÓMO?	<ul style="list-style-type: none">Portales de infoc Ciudadanía en Venezuela, Latinoamérica y EEUU.Programas y productos educativos.Medios alternativos (radio IP, coberturas en vivo y TV IP).

Visítanos en infoc Ciudadano.com. Escríbenos a info@infoc Ciudadano.com. Estamos en [Facebook](#) (busca “infoc Ciudadano”) y en [Twitter](#) (@infoc Ciudadano).